

No hago depositario á ningún amigo de mis afectos ni de mis secretos, porque entre aquellos cajeros de la amistad á los cuales he confiado alguna cosa en el curso de mi vida, se han ido todos llevándose hasta los libros.

En suma, no creo en los amigos. Deseo su bien no obstante; no porque lo merezcan, sino porque comprendo que habrá siempre menos daño que temer de la gente contenta, que de la gente descontenta de sus hechos.

Pero el concepto que tengo de la amistad y de ellos, es inmutable, y se puede expresar en el acróstico de sus nombres.

*Amici* (amigos), ó sea: A, *Astio* (odio); M, *Maledicenza* (maledicencia); I, *Invidia* (envidia); C, *Cabala* (farsa); I, *Ipocrisia* (hipocresía).

Añado una sola cosa para ser franco, y es que no te excluyo de la familia de los amigos que he descrito.

Salud.

Gracias.



## CÓMO NACEN LAS AMISTADES





## CÓMO NACEN LAS AMISTADES

---



AS amistades son como los matrimonios, de cada diez, se hace uno por amor.

La eleccion, ante todas cosas, no es enteramente libre: una parte de nuestros amigos proceden de la escuela, otros los debemos á otros amigos, otros nos han sido impuestos por nuestra profesion. Sólo un pequeño número nos hemos buscado nosotros mismos; sin embargo, si queremos ser sinceros, ¡qué raros son aquellos hácia los cuales hemos tenido un sentimiento puro de simpatía!

Nos produciría rubor á casi todos si, en aquellos cuya amistad hemos solicitado, aparentando responder á un impulso generoso del alma, llegáramos á descubrir que respondíamos á móviles interesados. Buscamos al uno para precaver una enemistad,



de la cual no nos podríamos evadir: al otro, porque, envidiosos de él, esperábamos que, conociendo más á fondo el objeto de nuestra envidia, aliviábamos nuestro tormento en la parte que la imaginación le aumentaba; éste, una amistad superficial que pueda llevarse á la manera de una pluma en el sombrero, para servirse de aquella como de escalón para llegar á otra más alta; quién, para recrearse secretamente con sus célebres ridiculeces; quién, por llenar de la mejor manera el vacío pasajero dejado en nuestra vida por otros amigos; quién para matar en su origen una aversión que acaba siempre por declararse entre dos hombres que se encuentran á menudo y no se abordan jamás, por no querer ninguno de los dos dar el primer paso; aversiones que nacen de una mera sospecha recíproca.

El origen de casi todas nuestras amistades, aún las más queridas, ha sido una necesidad ó un interés; y las dos han comenzado con aquellas mismas insipidísimas frases:

—Soy muy dichoso por haber trabado conocimiento con V.

—La fortuna es mía.

Sólo un pequeño número son amigos de aventura, que meten un poco de novela, en medio de la

historia uniforme de los demás: amigos caídos repentinamente en nuestra vida, por el camino, en la confusión nacida de una desgracia, en un lugar desierto y triste, en frente de un peligro, ante un espectáculo sublime, tremendo ó soberanamente ridículo, en uno de aquellos momentos en que se abre el alma y se ven unos á otros hasta lo más profundo y se leen en la cara.

Hay también casos, en los cuales no sabemos ni cuándo ni cómo ha nacido la amistad: hemos olvidado el sitio, los presentadores, la primera impresión; nos los encontramos allí, entre los demás amigos, sin historia, sin fecha, sin sello de origen, como larvas salidas de la tierra.

Pero cómo tienen principio las amistades verdaderamente afectuosas, y cómo llegan hasta lo profundo del alma, es bien difícil de señalarse. Aquí, la variedad de los casos es realmente admirable.

El mecanismo de nuestros sentidos es tan complejo y tan delicado, expuesto á tantas influencias y sujeto á tantas alteraciones, que son poquísimas, entre nuestras amistades, aquellas que tienen un origen sencillo y limpio.

Nacen de contrastes raros de pasiones, de accidentes, en apariencias fútiles, de circunstancias que debían producir racionalmente efectos en un todo con-



trarios, de caprichos de la fantasía, de mil razones extraordinarias é imposibles de prever, como nace el amor.

Ved á vuestros más íntimos amigos. Habrá que buscar mucho tiempo para encontrar ejemplos curiosos.

Con uno os habeis encontrado desde un principio en una casa ó en un círculo de conocimientos comunes, ó en frente del mundo, en una condicion, de rivalidad indeterminada, como es frecuente entre jóvenes de un mismo círculo; y habeis empezado por detestaros fierísimamente.

Pero despues, tan ambicioso y tan orgulloso uno y otro que el miedo de verse sobrepuesto fué más fuerte en vosotros que el deseo de fraternizar y habeis venido á un pacto, habeis hecho un tácito acuerdo de respetaros y de no combatiros, renunciando ambos al predominio.

Y acercándoos y estudiándoos, no solo aquellas cualidades que os enemistaban, os han unido poco á poco, pero el recuerdo de aquella primera rivalidad, ha quedado entre vosotros como el perfume de una esencia conservadora y regeneradora de vuestra amistad.

Ved este otro. Os encontrais cada día por la calle: os era superlativamente antipático, lo compren-

día y rehuís el tropezaros, os encontrábais cada momento, uno en frente del otro, á vuestro pesar y cambiábais entre vosotros miradas de perros; descábais ocasion de poderos hacer daño; algunas veces os lo habeis hecho indirectamente; os proponfais, cuando un conocido comun os hubiese puesto frente á frente, haceros una mueca elocuente; y un día, finalmente, se hizo la presentacion y cambiásteis cuatro palabras...

¡Maravilla de las maravillas! Cada cual ha encontrado en el otro, primero una voz, una sonrisa, una manera, despues un modo de pensar y de sentir, diverso en un todo, no solo esto, sino perfectísimamente opuesto á aquel que se había imaginado por mucho tiempo: ha sido una doble trasfiguracion moral, casi instantánea.

Habeis quedado los dos en un principio atontados, despues contentos, y luego agradecidos uno á otro por aquella sorpresa.

Habeis sentido la necesidad de daros una reparacion recíproca, os habeis hecho mil demostraciones de simpatía y habeis estrechado una amistad, tanto más tenaz, cuanto más fuerte había sido la aversion.

Otro. No lo conoceis, pero sabeis que no os estima y le odiais mortalmente; pero la necesidad de arran-



caros del corazón el cáncer de aquel desprecio es más poderosa y os empuja hacia él.

Buscáis el medio de ganároslo, os fingís mejor de lo que sois y realmente os hacéis mejor con aquella ficción.

Conquistáis fatigosamente su estimación y su amistad; y después de haber hecho todo esto con el propósito lejano de vengaros y cuando tenéis finalmente la venganza en la mano... Y bien, no; os acordáis que es demasiado tarde, os sentís agradecido á aquel hombre por la cura á hierro enrojecido que ha practicado en vosotros mismos, y le queréis bien y lo anteponeis á un amigo que jamás os ha herido en el amor propio.

Otro caso, también muy singular; un hombre público, un artista conocido; no le habéis visto jamás, pero detestáis sus ideas, sus gustos, su carácter. Os encontráis juntos. Parece que vuestro primer movimiento debía ser huirle para no contradecirle ó mentir.

Pero ¡qué! Tanto le habéis maltratado, habéis devorado tanta rabia disputando con sus defensores, habéis estado tanto tiempo junto á él, analizándolo por todos los lados y revolviéndolo por todas partes, que os parece encontrar una persona familiar y todo el odio antiguo se cambia de improviso en una simpa-

tía de la que vosotros mismos quedáis pasmados. A la cual no deja de unirse un ligero remordimiento que os despiertan sus cortesías de víctima inconsciente y nace una amistad viva y duradera.

Otro es un hombre que os agrada poco, frío y presuntuoso.

Un día, sin embargo, le veis hacer en sociedad, en presencia de señoras, sin culpa suya, una de aquellas figuras bufas y tremendas que hacen sonreír á la compañía y llorar por dentro al de la caída.

Vosotros sois de aquellos que sienten la vergüenza de la vergüenza ajena.

Aquel desgraciado os despierta una piedad tan profunda, y por efecto de la piedad una simpatía tan viva que, ayudados también un poco por el sentimiento de la superioridad que os dá su humillación, aprovecháis la primera ocasión que se os presenta para colmarlo de delicadezas y demostraciones amistosas, sincerísimas, las cuales os conquistan su gratitud.

De donde nace entre vosotros una amistad que se reavivará siempre en vuestro corazón, aun después de muchos años, cada vez que evocáis la imagen de aquella cara, como la visteis en aquel momento, acalorada y llena de vergüenza.



Y todavía, de cómo nacen estas amistades no podemos dar cuenta. ¡Cuántas otras nacen de una confusión de sentimientos que jamás logramos explicarnos!

\*  
\* \*

Es una maravilla pensar en todo este trabajo que se hace en el mundo, en las innumerables criaturas humanas ocupadas en tejer y destejer de continuo, por miríadas los hilos de la amistad.

Imaginaos los pobres que cambian el primer saludo desde las ventanas de su bohardilla; los viejos enfermos que traban amistad poco á poco, encontrándose cada día sobre el banco de un jardín público, gozando de los rayos del sol; los concurrentes que se encuentran cada año en la misma fonda de una ciudad lejana, los campesinos de provincias remotas que se encuentran juntos en la cámara de un cuartel, los extravagantes de todas especies que reconocen á grandes distancias la parentela de su cerebro en un opúsculo loco, y se escriben y se leen; los viajeros que forman cadenas interminables de amigos á través de los continentes; toda la confusión que producen cada año en las amistades de cada ciudad, los cambios de casa; todas las personas que se acercan y reunen confí-



nuamente las desventuras, las fiestas, los matrimonios, los públicos regocijos, la miseria, el trabajo, el vicio y el delito.

Es como inmensa contradanza en la cual, millones de manos se buscan, se aprietan y se separan, un eterno agitarse de débiles que buscan al fuerte, de orgullosos que buscan á los humildes, de almas nobles que buscan las almas generosas, de infelices que buscan consuelo, de dichosos que buscan los placeres, de necios que buscan á los necios, un cruzarse perpétuo de demandas y de ofertas, una contratacion interminable, un ligarse de mil maneras, con mil pactos, con mil fines distintos. Un torbellino sin término y sin fin, afanoso como una lucha en la cual los unos persiguen, huyen los otros, otros se esconden, este baja, el otro sube, aquel sigue á una muchedumbre, el otro vaga solitario, quién es disputado por mil manos, quién es rehusado por todos, en medio de un alternarse infinito de abrazos afectuosos, de hipócritas apretones de manos, de graciosas inclinaciones de cabeza, de promesas de caricias y de injurias. Una gigantesca comedia de carácter y de enredo, terrible, burlesca y piadosa, en la cual todos somos actores y recitamos durante toda la vida.

Veamos un poco los particulares de cualquier escena y los signos distintivos de cualquier máscara.

\*  
\* \*

Un gran número de amistades, se deciden á la primer mirada.

Es maravilloso, cómo entrando en un círculo de personas desconocidas, juzgamos rápidamente y casi siempre sin error, cuáles podrán convertirse en amigos nuestros, cuáles no serán en la vida ni carne ni pescado y á cuáles no podremos domesticar jamás.

Los primeros que nos llaman la atención son dos ó tres rostros de los que solemos llamar *malas caras*; fisonomías malévolas ó que revelan una naturaleza á la cual sentimos que jamás podrá ser simpática la nuestra; porque, en suma, la antipatía que nos inspira un desconocido no deriva de otro sentimiento; y es en efecto, raro, que no cese inmediatamente, cuando descubrimos ó se nos asegura que aquella persona ha recibido de nosotros una impresion totalmente distinta.

Entre cien ojos reconocemos de pronto aquellos dos ojos que nos anuncian un enemigo natural; nos com-



prendemos mutuamente á la primera impresion; adivinamos en un momento mil diversidades de opinion, de sentimientos, de gustos que deben existir entre nosotros; experimentamos un sentimiento de inquietud, como quien se apercibe de que es expiado; nuestras miradas se encuentran á cada momento, á pesar nuestro; no sentimos libertad ni en el alma, ni en la palabra, ni en la expresion del rostro; estamos como dos de aquellas plantas, que puestas una enfrente de otra, languidecen y mueren: y la fuerza repulsiva es tal entre nosotros que ni siquiera intentamos vencerla y nos cansamos al fin de saludarnos y hablarnos tan seguros estamos los dos de que todo lo demás sería inútil.

Y no tan pronto como estos, pero tambien fácilmente se reconocen ciertos otros con los cuales no seremos jamás más que amigos de estornudo; gentes que son capaces de amistad y que la inspiran á algunos; pero que para nosotros tienen algo de gelatinoso, de vítreo y elástico como los moluscos, que los hace imposibles de coger con la mano.

Es una cosa extraña, en verdad. Los vereis cien veces, os los presentarán una vez cada seis meses y jamás sucederá que os acordeis inmediatamente de su cara y de su nombre; no tienen nada, ni fuera, ni dentro, que os despierte una curiosidad, que os

deje una impresion buena ó mala, que os haga volver hácia ellos, siquiera un pensamiento fugitivo, un momento despues de haberles dejado; están destinados á escaparos perpétuamente de la cabeza y del alma como el agua de un cedazo; y despues de tres años que le conocéis y os creéis un íntimo amigo suyo, todavía os tocaría pasar este suplicio, de encontraros alguna vez en medio de dos de ellos, los cuales no se conocen; pero traban conversacion por medio de vosotros y se entienden y os tocan con el codo para que les presenteis mutuamente y se maravillan é impacientan de vuestra tardanza y os hacen sudar frío por una hora, en la incertidumbre de qué sea peor: pasar por un villano cornudo no presentándoles ú ofenderles mortalmente, confesando á los dos que no sabéis quién diablos sean.

Pero de todos estos malos encuentros, ¡cómo nos compensan aquellas pocas amistades, que se estrechan precipitadamente, de una parte y de otra por impulso instantáneo de simpatía!

En medio de un tropel de gente nueva para vosotros, veis una cara abierta y sonriente que sostiene vuestra mirada con la suya.

Es una ilusion singular.

Os parece haberle visto otra vez, no sabéis donde; pero de seguro en un lugar y en una ocasion agrada-



bles. Os acercáis y os dirigís la palabra casi involuntariamente.

Es otra sorpresa. La voz, la pronunciación, el gesto, todo parece que os despierte antiguas memorias confusas y agradables. Os abordáis con cualquier pregunta: vuestros pensamientos se encuentran ántes que vuestras palabras; escapan de vuestras bocas las mismas expresiones; cadenas enteras de sentimientos é ideas, apénas tirando del primer eslabon, salen y se confunden rápidamente, haciendo inútil la continuación del discurso. Haced como esos fuegos artificiales gemelos que caen desde la cima al fondo, los dos á la vez, lanzando las mismas chispas, rodando en idéntica dirección y luciendo los mismos colores.

—¿Pero quién es?—os preguntáis uno á otro en el fondo del corazón, mirándoos ansiosamente, con los ojos llenos de benevolencia.—¿De dónde ha salido? ¿Por qué no nos hemos conocido ántes de ahora?

Y como en las combinaciones químicas, hay también en vuestra aproximación, algo de electricidad y de calor; la conversación tiembla, la risa relampaguea, las caras se colorean. Os hacéis agasajo recíprocamente; os espresáis con palabras explícitas la simpatía, si no fuese por el temor de parecer precipitados y pueriles; y pensáis ya con placer en el día

en que una intimidad mayor os consentirá expresarla sin reparo; buscáis ya con impaciencia de adolescente las palabras francas y graciosas con que la expresareis.

Porque la benevolencia rejuvenece y exalta.